

el recomendar á los soldados que hiciesen lucidos disparos en honor de los asistentes, y que no se economizara la pólvora. Esta conducta congració con las tropas á los que de ellas sospechaban, y engendró de entonces en adelante una mutua y provechosa confianza.

El proceder de Julio César creo que es entre todo el más hermoso que pueda adoptarse. Primeramente intentaba, valiéndose de la clemencia, hacerse amar hasta de sus propios enemigos, conformándose en las conjuraciones que le eran conocidas con declarar simplemente que de ello estaba ya advertido; hecho esto tomó la nobilísima resolución de aguardar sin miedo ni inquietudes lo que de las conjuras le pudiera sobrevenir abandonándose y encomendándose á la custodia de los dioses y de la fortuna. Y efectivamente esta conducta seguía cuando fué asesinado.

Un extranjero propagó la voz de que podría instruir á Dionisio, tirano de Siracusa, de un medio seguro de conocer y descubrir con cabal certeza las tramas y maquinaciones que sus súbditos idearan contra él, si le daba una fuerte suma. Advertido Dionisio le mandó llamar á fin de instruirse en un arte tan necesario para su conservación: entonces el extranjero le dijo que no tenía otra novedad que comunicarle, sino que le entregara un talento, y se alabó luego de haber comunicado al monarca un secreto singular. No encontró Dionisio desdichada la invención é hizo donativo al farsante de seiscientos escudos. No es verosímil que hubiera hecho un obsequio tan importante á un desconocido sin que fuera recompensa de una enseñanza utilísima. Efectivamente, la argucia sirvió para contener los planes de sus enemigos y mantenerlos en un temor saludable. Por eso los principes, obrando cuerdamente, hacen públicos los avisos que reciben de las conjuras que se urden contra sus vidas, para hacer ver que están bien advertidos, y que ni un paso puede darse sin que lo olfateen á escape. El duque de Atenas cometió varias torpezas al establecer su reciente tiranía en Florencia; y fué la principal de todas que habiendo sido el primero informado por Mateo de Moroso, uno de los conspiradores, de un atentado que el pueblo tramaba contra él, le hizo morir para borrar la nueva, con objeto que no se supiera que nadie en la ciudad podía disgustarse de su paternal gobierno.

Recuerdo haber leído antaño la historia de un romano, sujeto de dignidad, el cual huyendo de la tiranía del triunvirato, había logrado escapar mil veces de entre las manos de sus perseguidores merced á la ingeniosidad de los recursos que adoptó. Ocurrió un día que unas gentes de á caballo encargadas de prenderle pasaron junto á unos matorrales en que se había guarecido, y estuvo á punto de ser descubierto; entonces el perseguido considerando las fatigas y trabajos que de tanto tiempo atrás venía experi-

mentando para salvarse de las continuas y minuciosas pesquisas que para dar con él se llevaban á cabo por todas partes, el mezquino placer que podía aguardar de vida semejante y cuánto mejor era franquear el paso de una vez que permanecer constantemente sufriendo trances tan duros, él mismo llamó á los que iban en su busca, descubrió el escondrijo y se abandonó voluntariamente á su crueldad para evitarlos y evitarse una pena más dilatada. Lanzar sobre sí las manos enemigas es un proceder algo extraño; de todos modos lo considero preferible á permanecer sumido en la fiebre continua de un mal que carece de remedio. Mas como las medidas que pueden adoptarse están llenas de inquietud é incertidumbre, mejor es prepararse con sereno continente á cuanto pueda sobrevenir y guardar algún consuelo, considerando que está en lo posible que la desdicha no sobrevenga.

## CAPÍTULO XXIV

### DEL PEDANTISMO

Siempre me contrarió cuando niño el ver que en las comedias italianas el papel de pedante lo representaba un bufón, y el que entre nosotros la palabra pedante corresponde á la de *magister*. Estando yo encomendado á éstos, no podía hacer menos que mostrarme celoso de su reputación, y trataba de excusarlos y disculparlos por la natural desavenencia que existe entre el vulgo y las raras personas de saber y recto juicio, en atención á la marcha opuesta y tendencias distintas que siguen unos y otras; mas como acontece que los hombres más urbanos y galantes han sido los que con mayor desdén los han juzgado, aquí mi apoyo debilitábase y daba en tierra. Da testimonio de ello nuestro buen del Bellay:

Mais je hay par sur tout un sçavoir pedantesque<sup>1</sup>;

y esta opinión es ya antigua, pues dice Plutarco que griego y escolar eran entre los romanos palabras injuriosas y de menosprecio. Andando el tiempo, y creciendo en edad, encontré que había razón sobrada para que existieran semejantes opiniones. Mas, ¿de dónde puede nacer que las almas bien provistas de conocimientos de todas suertes no se conviertan en más vivas y más despiertas, y que un espíritu grosero y vulgar pueda poseer, sin sacar partido de ellos, los discursos y sentencias de los más exquisitos entendimientos que en el mundo hayan vivido? Cosa es ésta de que desconozco la razón. Como aquéllos reciben y aco-

1. Detesto sobre todas las cosas el saber pedantesco.

modan en el suyo el espíritu de tantos cerebros extraños, preciso es (decíame una joven, la primera de nuestras princesas, hablando de un maestro) que el suyo se preñe, apague y contraiga para dejar lugar á los otros; así como las plantas se ahogan cuando el vigor de la savia es excesivo, y las lámparas se apagan cuando tienen demasiado aceite, así también acontece al entendimiento cuando en él se amontonan estudio y materia copiosos, pues hallándose ocupado y embarazado con diversidad heterogénea de cosas, pierde el medio de discernir, se tuerce y encoge. Mas tampoco es raro el ver ejemplos contrarios, pues nuestra alma se ensancha tanto más cuanto más se llena, y casos antiguos nos prueban que ha habido hombres peritos en el manejo de los públicos negocios, grandes capitanes y consejeros diestros en las cosas del Estado, que fueron al par hombres muy sabios.

Los filósofos, retirados de toda ocupación y comercio públicos, á veces han sido objeto de escarnio en las comedias de su tiempo; sus opiniones y conducta los han hecho ridículos. ¿Queréis convertirlos en jueces de los derechos de un proceso, ó que estimen los actos de una persona? Pues no están preparados para ello y tienen necesidad de investigar primero si hay vida, si hay movimiento, si el hombre es cosa distinta de un buey, qué cosas sean obrar y sufrir, y qué clase de animaluchos justicia y leyes. ¿Hablan del magistrado ó se dirigen al magistrado? pues lo hacen con una libertad llena de irreverencia incivil. ¿Se tributan alabanzas á su príncipe ó á un rey? Pues para ellos el tal no es más que un pastor ocioso ocupado en esquilar y esquilar sus ovejas con mayor rudeza que un rabadán auténtico. ¿Tenéis en predicamento á alguien porque posee dos mil yugadas de tierra? Ellos no pueden menos de burlarse, acostumbrados como están á abarcar todo el universo mundo, como si de cosa propia se tratara. ¿Os alabáis de vuestra nobleza, por haber tenido en vuestra familia siete abuelos bien acomodados? Nada os estiman por ello, pues no comprendéis la universal imagen de la naturaleza, ni cuántos predecesores ha tenido cada uno de nosotros, ricos, pobres, reyes, criados, griegos, bárbaros; y aun cuando fuerais el quincuagésimo descendiente de Hércules, encontrarían baladí el que hicierais alarde de este presente de la fortuna. Así el vulgo los desdeña, como ignorantes de las cosas más esenciales y comunes, y como insolentes y presuntuosos.

Mas esta platónica pintura está bien lejos de la que conviene á la naturaleza de las gentes de que voy hablando. Envidiase á los filósofos por estar por cima de la común manera de ser, porque menosprecian los actos públicos, por haber vivido existencia singular y rara, conforme á ciertas reglas elevadas y en desuso. A los pedantes se los desdeña

porque están por bajo de la común manera de ser, como incapaces del ejercicio de las funciones públicas, y por arrastrar vida y costumbres viles y groseras, más ínfimas que las del vulgo:

*Odí homines ignava opera, philosopha sententia.\**

Por lo que toca á los filósofos, en ellos cumplíase la doble prenda de ser superiores en la ciencia y todavía más en la acción. Refiérese de Arquímedes, geómetra de Siracusa, que habiendo sido interrumpido en sus experimentos para dedicar algo de su saber á la defensa de su país, puso en juego de improviso tales máquinas de destrucción que sobrepasaron á toda humana creencia; Arquímedes despreció, sin embargo, su obra, por creer con ella haber bastardeado la dignidad de su arte, del cual su máquina no era sino como un remedo ó juguete. Si alguna vez se ha puesto á prueba para la vida práctica la capacidad de los filósofos, háseles visto volar tan alto, que el alma y corazón de los mismos parecían haberse fortificado y enriquecido por virtud de la inteligencia de las cosas. Viendo algunos los cargos del gobierno en manos de hombres incapaces, hanse alejado en todo tiempo de las cosas públicas; y el que preguntó á Crates hasta cuándo era preciso filosofar, recibió esta respuesta: «Hasta tanto que los borriqueros dejen de conducir nuestros ejércitos.» Heráclito resignó el reino en manos de su hermano; y á los de Efeso, que le preguntaban cómo pasaba después su tiempo, jugando con los muchachos delante del templo, respondió: «¿No vale más hacer esto que dirigir los negocios en vuestra compañía?» Otros filósofos, cuya imaginación estaba muy por cima de las cosas terrenales, consideraron los puestos de la justicia y los tronos mismos de los reyes como cosas viles y bajas, y Empédocles rechazó la corona que los de Agrigento le ofrecían. Acusaba Thales á sus contemporáneos del sumo cuidado que ponían en los negocios para enriquecerse, y respondíanle que tal era la costumbre de la zorra que no podía lograr su intento de alcanzar las uvas, entonces el filósofo, tomando la cosa como por puro pasatiempo, quiso probar su experiencia en los negocios, y habiendo para ello convertido su saber en provecho del beneficio y la ganancia, éstos fueron tan grandes, que en el solo transcurso de un año adquirió riquezas tantas como apenas en su vida todos los más experimentados en el comercio habían logrado realizar. Cuenta Aristóteles que algunos le llamaban (y también á Anaxágoras y á congéneres) sabio, mas no prudente, por no poner el cuidado necesario en las cosas útiles; aparte de que no encuentro muy fundamentada tal diferenciación, esto no puede servir de disculpa á nuestros

1. Odio á esos hombres incapaces de obrar, cuya filosofía se desvanece en vanas sentencias. PAVUVIO, *ap. GELLIUM*,

filósofos; y en vista de la escasa y menesterosa fortuna con que se conforman, tenemos derecho á calificarlos de no sabios y faltos de prudencia.

Dejando á un lado estas distinciones, entiendo que nuestro mal pedantesco proviene de la desacertada manera como nos consagramos á la ciencia y del modo como recibimos la instrucción, según las cuales no es maravilla que ni escolares ni maestros tengan mayor habilidad, aunque se hagan más doctos. Los sacrificios y cuidados de nuestros padres no se dirigen sino á amueblarnos la cabeza de ciencia; de juicio y de virtud, contadas nuevas. Decid al pueblo de uno que pasa por la calle: « ¡Ved ahí un hombre sabio! » Y de otro: « ¡Ved ahí un hombre bueno! » Ni uno solo dejará de mirar con respeto al primero; mas precisaría un tercero que gritase: « ¡Oh, las cabezas de mampostería! » Más nos interesa informarnos de si una persona sabe latín ó griego, ó de si escribe en verso ó en prosa, que de si la instrucción la ha hecho mejor y más avisada; esto era lo principal, y lo convertimos sin embargo en lo secundario. Valiera más informarse de quién es el que sabe mejor, no del que sabe más.

Trabajamos únicamente para llenar la memoria, y dejamos vacíos conciencia y entendimiento. Así como las aves van en busca del grano y lo llevan entero en su pico, sin partirlo, para que sirva de alimento á sus pequeñuelos, así nuestros pedantes van pellizcando la ciencia en los libros, colocándola sólo en los labios para desembucharla y lanzarla luego al viento. Maravilla es cómo la misma torpeza se atraviesa en mi camino; ¿lo que hacen esos maestros no es idéntico á lo que yo pongo en práctica en mi libro? Yo tomo á otros, de aquí y de allá, en los autores, aquellas sentencias que me placen, no para almacenarlas en mi memoria, pues carezco de esta facultad, sino para trasladarlas á este libro, en el cual las máximas son tan mías ó me pertenecen tanto como antes de transcribirlas. No conocemos, tal yo entiendo, más que la ciencia presente, no así la pasada ni tampoco la venidera. Acontece todavía cosa peor: ni los discípulos ni los pequeñuelos se educan ni alimentan, pasa la ciencia de mano en mano con el exclusivo fin de hacer alarde, de hablar á otro, cual inútil y vana moneda que contar y arrojar. *Apud alios loqui didicerunt, non ipsi secum*<sup>1</sup>. *Non est loquendum, sed gubernandum*<sup>2</sup>. Para mostrar naturaleza que nada hay de violento en sus obras hace á veces que nazcan en las naciones menos cultivadas las producciones más artísticas. El proverbio gascón que tiene su origen en una poesía rústica acredita aquel aserto: *Bouha prou bouha, mas á*

1. Enseñaron á hablar á los demás, pero ellos no aprendieron. CICERÓN, *Tusc. quæst.*, v. 36.

2. No se trata de charlar, sino de conducir la nave. SÉNECA, *Epist.* 108.

*remuda lous dits qu'em?* El soplo no va mal, mas por lo que toca á manejar los dedos para producir sonidos en el caramillo, eso ya es harina de otro costal. Sabemos muy bien decir: « Cicerón escribe así; ved cuáles eran las costumbres de Platón; tales son las palabras de Aristóteles »; ¿mas nosotros, qué decimos? ¿qué juzgamos? ¿qué hacemos? Lo mismo diría un lorito.

Recuérdame lo precedente á aquel hacendado romano que reunió en su casa, á costa de cuantiosos gastos, un número suficiente de sabios en todas ciencias, que guardaba constantemente en su derredor á fin de que cuando se le ofrecía ocasión de hablar de alguna cosa los demás supliesen su deficiencia y estuvieran prestos á proveerle, quién de un discurso, quién de un verso de Homero, cada cual según su especialidad; con ello pensaba que el saber le pertenecía, porque se encontraba en la cabeza de sus gentes. Es también lo que saben aquellos otros cuya capacidad permanece encerrada en sus bibliotecas suntuosas. Conocía yo uno de éstos, quien, cuando yo solicitaba alguna razón de su ciencia, pedíame un libro para mostrármela; y no hubiera osado decirme ni siquiera que tenía sarna en el trasero sin haber al instante mirado en su diccionario qué cosas fuesen trasero y sarna.

Tomamos nota de las opiniones y de la ciencia de los demás, y ahí se detiene nuestro esfuerzo; precisa hacer nuestra la ciencia ajena. Aseméjémonos á aquél que tuviese necesidad de fuego y fuera á buscarlo á la casa del vecino, donde habiéndolo hallado hermoso y grande detuviérase á calentarse sin pasarle por los mientes llevarlo á su vivienda. ¿De qué nos sirve tener la barriga llena de carne si luego no la digerimos? ¿si en nuestro organismo no se transforma, y no sirve para aumentarle y fortificarle? ¿Pensamos acaso que Luculo, á quien los libros hicieron gran capitán, sin necesidad de experiencia, los estudiaba como nosotros? Echámonos de tal suerte en brazos de los demás, que aniquilamos nuestras propias fuerzas. ¿Quiero yo, por ejemplo, buscar armas contra el temor de la muerte? Encuéntrolas á expensas de Séneca. ¿Deseo buscar consuelo para mí ó para los demás? Pues lo tomo de Cicerón. En mí mismo hubiera encontrado ambas cosas si en ello se me hubiera ejercitado. No me gusta esa capacidad relativa y mendigada; aun cuando nos fuera lícito extraer de otro la sabiduría, no podemos ser sabios más que con nuestras exclusivas fuerzas y recursos. *Μισὸ σοφιστὴν ἔστι; οὐκ ἀδελφὸν σοφός.*

« Detesto al sabio que por sí mismo no lo es ».

*Ex quo Ennius: Nequidquam sapere sapientem, qui ipse sibi prodesse non quiret*<sup>1</sup>.

1. Por eso dice Enio: « Inútil es la sabiduría que no es al sabio provechosa. » *apud Cic., de Offic.*, III, 15.

Si cupidus, si  
Vanus, et Euganea quantumvis mollior agna <sup>1</sup>.

*Non enim paranda nobis solum, sed fruenda sapientia est.*<sup>2</sup>

Burlábase Dionisio de los gramáticos que cuidan de informarse de los males de Ulises é ignoran los suyos propios; de los músicos que templan sus flautas y no hacen lo propio con sus costumbres; de los oradores que predicán la justicia y no la practican. Si nuestra alma no sigue mejor camino; si no logramos disponer de un juicio más sano, estimaría mejor que mi escolar hubiera pasado su tiempo jugando á la pelota; al menos de este modo tendría el cuerpo más ágil. Vedle volver de sus estudios después de haber empleado en ellos quince ó diez y seis años; encuéntrase incapaz é inhábil para el ejercicio de toda profesión ó trabajo; lo solo, lo único que se echa de ver en él es que su latín y su griego le han vuelto más tonto y presuntuoso de lo que estaba al abandonar la casa de sus padres. Debien- do poseer el alma llena, tráela hinchada; en vez de fortifi- carla, se ha conformado con inflarla.

Tales maestros, como Platón llama á las sofistas, sus ad- láteres, son de todos los hombres los que prometen hacer mayor obra de utilidad; mas no sólo son inútiles, sino dañinos, pues tras no reparar lo que se les encomienda, lo estropean y hacen pagar sus destrozos. No proceden así el albañil ni el carpintero. Si se siguiera la ley que Pro- tágoras proponía á sus discípulos, que consistía « en que éstos le pagasen confiando en su palabra, ó jurando en el templo en cuanto estimaban el provecho, y según éste satis- facieran su trabajo », mis pedagogos veríanse burlados, de estar sujetos al juramento de mi experiencia. Mi vulgar dialecto perigordiano llama con gracia suma *lettre-ferits* á estos sabihondos, que viene á ser como si dijéramos *lettre-ferus*, á los cuales las letras han sacudido un martillazo, como suele decirse. Lo común es que se hallen desprovistos hasta de sentido común; el campesino y el zapatero proceden en la vida sencilla é ingenuamente, hablando de lo que conocen; aquéllos por querer engrandecerse y pre- valerse de su saber, que sobrenada en la superficie de su cerebro, van embarazándose y dando traspies sin cesar; escápanse de sus labios hermosas palabras, mas precisa que otro las aproveche; conocen bien á Galeno, pero en manera alguna al enfermo; os han llenado la cabeza de le- yes, y sin embargo, no comprenden la dificultad de la causa que se dilucida, conocen la teoría de todas las cosas, pero buscad otro que la aplique.

1. Si es avaro, si es embustero, si es flojo y afeminado. JUVENAL, VIII, 14.  
2. Porque no basta alcanzar la sabiduría, es preciso saber usar de ella. CICERÓN, de Finibus, I, 1.

En mi casa he visto á un mi amigo, que por modo de pa- satiempo hablaba con uno de estos pedantes, descomponer una especie de jerigonza ó galimatías, sin pies ni cabeza, salvo la entonación de algunas palabras adecuadas á la controversia, pasar así un día entero; el maestro se de- batía pensando siempre contestar con acierto á las objecio- nes que se le hacían; y pasaba sin embargo por hombre de reputación; era un preceptor que ocupaba por sus me- recimientos una posición envidiable :

Vos, o patricius sanguis, quos vivere par est  
Occipiti caeco, posticae occurrere sannae <sup>1</sup>.

Quien á gentes tales ve de cerca, mire más allá, y como yo, encontrará que las más de las veces ni se entienden á sí mismos ni á los demás, y que la facultad de juzgar en ellos está hueca, á no ser que la naturaleza les haya pro- visto bien de ella, como acontecía á Adriano Turnebo, que no ejerciendo otra profesión que la de las letras, en la cual fué, á mi entender, el hombre más grande que haya existido de mil años acá, tenía sólo del pedante el hábito y algo del exterior, lo cual podía quizás no ser agradable, pero era cosa bien insignificante. Detesto á los que tran- sigen mejor con un alma envenenada que con un traje ina- decuado, y contemplan en sus reverencias el vestido y las botas para informarse del hombre con quien se las han. Nuestro Adriano fué el alma mejor educada del mundo; era para mi un placer interrogarle, aun sobre asuntos aje- nos á sus ordinarias ocupaciones; veía tan claro en todas las cosas y estaba dotado de una percepción tan pronta, de un juicio tan sano, que hubiérase dicho no haber sido otra su profesión que el ejercicio de la guerra y los negocios del Estado. Tales naturalezas son privilegiadas y fuertes,

Quois arte benigna  
Et meliore luto finxit praecordia Titan <sup>2</sup>,

y conservan su vigor nativo al través de una dirección detestable. Ahora bien, no basta que la educación deje de empeorarnos, preciso es que nos haga mejores.

Hay algunos parlamentos que cuando tienen que recibir en su seno nuevos miembros, examinanlos sólo de derecho ó jurisprudencia; otros juzgan además del sentido común de los candidatos, preguntando á los examinandos su dic- tamen sobre alguna causa. Estos tienen, á mi entender, manera más razonable de proceder, y aun cuando sea ne-

1. Nobles patricios que carecéis del don de ver lo que acontece detrás de vosotros, cuidad de que aquellos á quienes menospreciáis no se rían á expen- sas vuestras. PERSIO, I, 61.

2. Que Prometeo formó de mejor barro y dotó de más felices disposiciones. JUVEN., XIV, 34.

cesario el concurso de las dos circunstancias, preferible y mucho más meritorio es poseer la segunda que la primera; pues como pregona este verso griego,

Ως οὐδὲν ἢ μάθησις, ἢ μὴ νοῦς; παρῆ.

«¿Para qué sirve la ciencia á quien carece de inteligencia?» ¡Pluguiera á Dios que para bien de la justicia nuestros jueces se hallasen tan bien provistos de entendimiento y conciencia como lo están todavía de ciencia! *Non vitæ, sed scholæ discimus* <sup>1</sup>. En conclusión, no basta hilvanar el saber al alma, precisa incorporarlo, hacerlo penetrar en el espíritu; no basta regarla, es preciso impregnarla; y si no transforma y mejora nuestro imperfecto estado, vale mucho, muchísimo más, que permanezcamos tranquilos; de lo contrario es el saber arma dañosa que ofende y molesta á quien lo posee por ir á parar á inhábiles manos que de él no saben hacer uso: *ut fuerit melius non didicisse* <sup>2</sup>.

Quizás sea ésta la razón de que así nosotros como la teología no nos mostremos exigentes en lo que toca á que las mujeres sean de espíritu cultivado. Francisco I, duque de Bretaña, hijo de Juan V, que casó con Isabel, nacida en Escocia, como le dijieran antes del matrimonio que su prometida había sido educada en medio de la mayor sencillez, y que carecía de toda suerte de instrucción literaria, respondió: « Prefiero que toda la ciencia en la mujer consista en saber distinguir la camisa de los calzones de su marido. »

No es, pues, maravilla el que nuestros antepasados hayan concedido escasa importancia á las letras y que aun hoy se hallen representadas como por acaso en los consejos de nuestros reyes; y si los únicos medios que hoy existen de llegar á la riqueza no fuesen la jurisprudencia, la medicina, el pedantismo y la teología, veríamos á aquéllas todavía en mayor descrédito de lo que jamás lo fueron. Y á la verdad la cosa no sería muy de lamentar, puesto que no nos enseñan ni á bien obrar ni á pensar rectamente. *Postquam docti prodierunt, boni desunt* <sup>3</sup>. El aditamento de toda otra ciencia es perjudicial á quien no posee la de la bondad.

Acaso se hallará la razón de lo inútil que nos es la ciencia en que sólo la cultivan entre nosotros aquellos que pretenden sacarla provecho, á excepción de los pocos que habiendo tenido la fortuna de nacer en un medio más elevado, por afición se muestran inclinados al saber. Y como éstos

1. No se nos adoctrina para la vida, se nos instruye sólo para la escuela. SÉNECA, *Epist.* 106.

2. De modo que hubiera sido preferible no aprender nada. CICERÓN, *Tusc. quest.* II, 4.

3. Desde que los doctos pululan entre nosotros, los hombres honrados se eclipsaron. SÉNECA, *Epist.* 95.

se abandonan pronto para ejercer profesiones que nada tienen que ver con los libros, generalmente sólo quedan como científicos las gentes sin fortuna que buscan con el estudio una manera de vivir; y siendo el alma de estas gentes así por naturaleza como por situación social de la extracción más baja, no sacan del estudio sino un fruto mezquino, pues éste no ilumina el espíritu que carece de luces, ni sirve tampoco para alumbrar á los ciegos; consiste su misión, no en procurar la vista, sino en dirigirla y bien ordenarla, siempre y cuando que ésta disponga de pies y piernas sanas y bien derechas. La ciencia es un buen medicamento, pero no hay ningún remedio suficientemente eficaz para librarla del vicio que la comunica el vaso que la contiene. Tal tiene la vista clara, que no la tiene derecha, y por consiguiente ve el bien, mas no le practica, y ve la ciencia sin servirse de ella. El principio fundamental que Platón establece en su República, consiste en distribuir los cargos á los ciudadanos conforme á la naturaleza de éstos. Esta sabia maestra todo lo puede y practica. Los cojos son inhábiles para los ejercicios corporales; los del espíritu no convienen á las almas cojas; los entendimientos contrahechos y vulgares son indignos de la filosofía. Cuando reparamos en un hombre mal calzado, nada tiene de sorprendente que se nos ocurra preguntar si es zapatero, y análogamente vemos un médico mal medicinado, un teólogo poco reformado y un sabio más incapaz que el mayor lego.

Aristo Quio tenía razón al asegurar que los filósofos dañaban á sus oyentes; tan es verdad este parecer, que la mayor parte de las almas no se encuentran aptas para sacar provecho de la filosofía; y si ésta no cae bien en ellas, cae necesariamente mal: ἀσώτου; ex Aristippi, acerbos ex Zenonis schola exire <sup>1</sup>.

En la hermosa educación que recibían los persas, según testimonia Jenofonte, vemos que enseñaban la virtud á sus hijos como las demás naciones les enseñan las letras. Dice Platón que el primogénito en la sucesión real era educado del siguiente modo: apenas nacía, poníasele en manos, no de mujeres, sino de los eunucos que por su virtud gozaban del favor de los reyes. Encomendábase á éstos el cuidado de la hermosura y sanidad del cuerpo, y cuando llegaba el niño á los siete años enseñábanle á montar á caballo y adiestrábanle en el ejercicio de la caza. Cuando tenían catorce años sometíanle al cuidado de cuatro preceptores: el más sabio, el más justo, el más moderado y el más valiente de la nación; enseñábase el primero la religión, el segundo á ser veraz, el tercero á dominar sus pasiones, y el último á ser esforzado.

1. De la escuela de Aristipo salían hombres intemperantes, y de la de Zenón salvajes. CICERÓN, *de Nat., deor.*, III, 31.

Es cosa digna de notarse que en la excelente y admirable legislación de Licurgo, tan perfecta y previsora, tan cuidadosa de la educación material de la infancia, que ponía en primer término desde el hogar mismo, no se haga siquiera mención de la doctrina, siendo Atenas la patria de las musas, como si aquella generosa juventud desdeñara todo otro yugo que no fuera la virtud; proveíasele, en lugar de pedagogos que la enseñaran la ciencia, de maestros que la inculcaban el valor, la prudencia y la justicia, ejemplo que Platón siguió en sus leyes. La disciplina consistía en proponerles cuestiones, para que juzgasen de los hombres y de sus actos, y si elogiaban ó censuraban á tal personaje ó tal suceso precisaba fundamentar el juicio en buenas razones; de este modo, al par que afinaban el entendimiento, se instruían en el derecho. Astyages en Jenofonte, pide razón á Ciro de su última lección. « En nuestra escuela, responde, un muchacho que tenía la túnica pequeña se la dió á uno de sus compañeros, de menos estatura, y tomó á cambio la de éste, que le estaba grande. Habiéndome nuestro preceptor hecho juez del caso, opiné que lo más pertinente era dejar las cosas en tal estado, y que los dos habían salido ganando con el cambio; á lo cual me repuso que yo había juzgado torcidamente, por haberme fijado sólo en las ventajas mutuas, siendo preciso tener en cuenta la justicia, que pide que á nadie se fuerce en las cosas de su pertenencia »; y dice Astyages que Ciro fué azotado ni más ni menos que lo somos nosotros en nuestras aldeas, cuando olvidamos el primer paradigma de las conjugaciones griegas. Mi maestro me dirigirá una hermosa arenga *in genere demonstrativo* antes de persuadirme que su disciplina valía tanto como aquélla. Tomaron por el atajo, y puesto que es lo cierto que las ciencias rectamente interpretadas no pueden sino enseñarnos la prudencia, la probidad y la resolución, quisieron aquellos hábiles maestros poner á sus discípulos en contacto con la práctica de la vida é instruirlos no de oídas, sino por el ensayo de la acción, formándolos y modelándolos diestramente no sólo con preceptos y palabras, sino principalmente con ejemplos y obras, á fin de que la enseñanza penetrase no solamente en el alma, sino también en la complexión y costumbres; que no fuera únicamente adquisición, sino posesión natural. Preguntando á este propósito Agesilao, sobre lo que á su entender debían aprender los niños, respondió « que lo que debían hacer cuando fueran hombres ». No es, pues, maravilla que semejante educación produjera tan admirables efectos.

En distintas ciudades de Grecia buscábanse retóricos, pintores y músicos; sólo en Lacedemonia legisladores, magistrados y jefes de ejército; aprendiase en Atenas á bien decir, y allí á bien obrar; en Atenas á rebatir un argumento sofisticado y á rechazar la impostura de las palabras capcio-

Se educa  
con los  
maestros  
en contacto  
con la  
práctica  
de la vida  
y en la  
acción

1.º En primer lugar una educación  
sólida  
2.º En segundo lugar una educación á la  
3.º En tercer lugar una educación de

samente entrelazadas; en Lacedemonia, á librarse de los atractivos de la voluptuosidad y á rechazar con valor las amenazas del infortunio y de la muerte. Unos tenían por misión las palabras, y otros las cosas; unos ejercitaban á la juventud en el continuo manejo de la lengua, y otros en el ejercicio sin descanso del espíritu. En tal grado de estimación tenían los frutos de la enseñanza de la juventud, que cuando Antipáter les pidió en rehenes cincuenta muchachos, hicieron lo contrario de lo que nosotros hubiéramos hecho, es decir, que prefirieron entregar doble número de hombres ya formados. Cuando Agesilao invita á Jenofonte á que eduque sus hijos en Esparta, no es para que aprendan la gramática ni la dialéctica, sino para que se adocrinen en la mejor de todas las ciencias: en la ciencia del mando y de la obediencia.

Agrada ver cómo Sócrates se burla de Hipias cuando éste le refiere que hasta en las aldeas más pequeñas de Sicilia ha ganado buena cantidad de dinero como profesor, y que en cambio en Esparta no ganó ni un solo maravedí; por tal razón, trataba de idiotas á los de esta república, que no sabían medir ni contar, ni conocían la gramática ni la prosodia, preocupándose sólo de estar bien informados de la cronología de sus soberanos, establecimiento y decadencia de sus Estados y de otro montón de frivolidades análogas; al cabo de la relación Sócrates hacia comprender á Hipias, hasta en sus menores detalles, la excelencia del gobierno de los espartanos, la virtud y dicha de su vida privada, dejándole adivinar, en conclusión, la inutilidad de sus enseñanzas.

La experiencia nos enseña que, según la viril legislación espartana y otras semejantes, el estudio de las ciencias debilita y afemina el valor, más que lo endurece y fortifica. El Estado más fuerte que actualmente existe en el mundo es Turquía, pueblo que estima las armas tanto como menosprecia las letras. Roma fué más valiente cuando bárbara que cuando sabia. Las naciones más belicosas de nuestros días son las más groseras é ignorantes: los escitas, los partos y los súbditos de Tamerlán prueban bien este aserto. Cuando los godos asolaron la Grecia, quien salvó todas las bibliotecas de ser pasto de las llamas fué uno de ellos, que predicó la conveniencia de dejar intactos estos edificios para apartar así á sus enemigos del ejercicio de las armas y que cayeran en ocupaciones ociosas y sedentarias. Nuestro rey Carlos VIII se hizo dueño del reino de Nápoles y de una parte extensa de la Toscana, apenas sin desenvainar la espada. Los señores de su comitiva atribuyeron tan inesperada facilidad á que la nobleza y príncipes italianos ocupábanse más en hacerse ingeniosos y sabios que vigorosos y guerreros.

Los tres supratentos  
vitales } 1.º vida económica  
2.º vida decorosa (anal)  
3.º vida cultural